

RESEÑAS		ARTE
<p><b>Arte, cámaras y acción</b></p> <p><i>Yo dije / yo digo</i> FÉLIX ÁNGEL Tragaluz Editores, Medellín, 2015, 199 pp., il.</p> <p>¿QUIEREN SABER qué pasaba en Antioquia en materia de arte, sobre todo en los escenarios artísticos que comenzaron a surgir allí, en la mitad del siglo XX? Entren a este libro con toda la curiosidad, el desenfado y la simplicidad con los que ese “joven iracundo” llamado Félix Ángel escribió <i>Yo digo</i>, un documento de valiosísima carga crítica y literaria para la historia del arte colombiano que nos da una idea de este ambiente, de este mare-mágnum estético, desde la perspectiva particular de un artista inconforme en una ciudad convulsa; ciudad donde los nombres de Débora Arango, Aníbal Vallejo, Óscar Muñoz, Armando Londoño o el mismo Pedro Nel Gómez bullían en una caldera política y social en la que pocas cosas se podían asegurar, afirmar o consolidar. En este ambiente, un hombre se atrevió a declarar con tonos muy fuertes todo lo que pensaba de los artistas y sus obras sin temor al rechazo o la exclusión, sacando de su propio bolsillo los medios para fecundar con su benéfico veneno los espacios que estos escenarios dejaban en blanco. Félix Ángel nos llega, en este libro llamado <i>Yo dije / yo digo</i>, con palabras de mesías, pero, ¿qué tanto dijo?</p> <p>El libro reúne todas las ediciones de <i>Yo digo</i>, un pasquín cultural sobre crítica de arte que el escritor, pedagogo y artista antioqueño Félix Ángel publicó durante tres años consecutivos antes de irse a vivir a Estados Unidos. Son 38 ediciones en las que recorremos los lugares más emblemáticos de Medellín en pleno furor de los años en que Coltejer, la Pontificia Universidad Bolivariana o cualquier cafetín o cantina hacían de albaceas, galerías de arte o salas de redacción de las generaciones que hoy en día admiramos o ignoramos en materia de pintura, escultura o de la misma literatura, es decir, de los años setenta. Estas 38 ediciones comprenden un recorrido que nace de la extinta revista <i>Claroscuro</i>, creada</p>	<p>por el mismo autor y recordada por muchos como el dolor de cabeza que todo artista quería evitar. El libro en su inicio no solo recoge todas las ediciones del pasquín, sino que cuenta con tres presentaciones bastante sucintas y certeras sobre el impacto de este trabajo, y corren por cuenta de Aníbal Vallejo Rendón, Teresita Peña Santamaría y Darío Ruiz Gómez, esta última la que más recomiendo por parecerse a un breve ensayo. Luego de la gran bienvenida, vemos cómo se hiló el discurso de estos pasquines a través de la diagramación y la combinación funcional y equilibrada de los tonos neón que acompañan cada página; el uso afortunado de la tipografía nos transporta a los periódicos de bajo costo del siglo XX, y las marcaciones manuscritas dan la sensación inequívoca de enfrentarnos a un documento que nació ante todo como una iniciativa artesanal, precaria pero no por eso menos profunda.</p> <p>Pocas veces podemos asomarnos al universo del arte colombiano desde una perspectiva crítica, sagaz y sesuda que no se haya originado en la academia, en la investigación institucional o estatal. Este libro, aparte de ser un libro-objeto en su totalidad, es un hallazgo, un gran hallazgo para los que no estén familiarizados con este tipo de historia ofrecida con el tono de alguien que “fustigó a los viejos maestros antioqueños, a los eventos locales (...) criticando lo débil y lo convencional” (p. 13); de cara a un cambio en la forma de pensar una construcción que permitiera acercar a los jóvenes a la experiencia de destruir la pesada influencia de sus maestros para crear una marca original, una que permitiera germinar diversidad para el gremio de artistas que se negaba a la mutación de la técnica y los contenidos por “nuestro repugnante conformismo” (p. 28). Si puede haber una constante en estos escritos —que incluyen entrevistas, manifiestos, ensayos, cubrimientos, críticas sencillas o ácidas—, es un espíritu moderno impulsado por la imperiosa necesidad de acercarse al arte de su tiempo sin burocracias del intelecto, sin burocracias de las instituciones y sin burocracias de los sentimentalismos, que rodean al artista como en una suerte de aura.</p>	<p>Por otro lado, el trabajo de archivo que evidencia esta compilación en conjunto es admirable, no solo por el rigor con el que cada objeto de prensa está organizado, sino por la dinamización con la que, una por una, se van presentando las etapas de una publicación que en su época buscó poner el dedo en la llaga. Con la ayuda de fotografías, primeras versiones facsimilares e incluso piezas de las que habla el mismo autor, quedamos sumergidos en esa preocupación que movió a Félix Ángel a afirmar cosas como: “La apatía y la pereza no son solo de parte del público, también hacen parte de los artistas” (p. 97), e incluso a acusar, en 1976, a espacios como el Salón Regional para Antioquia, Caldas y Chocó de ser “un verdadero fiasco” (p. 89) por tener artistas que soportaron sin hacer nada el “amanerado, recopilatorio y amorfo academicismo de David Manzur; y la incapacidad de la medianía ideológica para imponerse de Augusto Rendón” (p. 97). Aun así, de nada servirían tales afirmaciones si no viéramos que esto cobra vida y razón de ser gracias a los soportes extratextuales que se añaden en muchas de sus páginas.</p> <p>De Félix Ángel también podemos asegurar que no escatima en honestidad y humor al momento de medir la temperatura crítica, el rigor académico o la opinión del gremio, cuando se acerca con lupa a la obra de alguno de sus coetáneos o a la reacción de un sector frente a cualquier acontecimiento que haya implicado un hecho estético en Medellín, lugar del que aseguró: “La ciudad estaba fea por culpa de los artistas” (p. 10), y del departamento dijo: “Antioquia, entendida como una provincia, no ha podido por su manía parasitaria manifestarse provincialmente sin la ratificación de las voces de la capital del país” (p. 73). Incluso podemos decir que fue un hombre que tuvo tan bien puestos los pies sobre su tierra que tampoco habló con adulación de aquellos que buscaban inútilmente controvertir con su trabajo la violenta escena del país. Leemos por ejemplo cosas como:</p> <p>La fidelidad a la protesta y la denuncia (y por eso el arte de Carlos Granada será en el futuro un testimonio, cuya validez está circunscrita al momento en que fue realizada)</p>

ARTE		RESEÑAS
<p>lo han llevado a volverse patético, y en las circunstancias actuales, ser patético en nuestro país resulta ridículo... (p. 143)</p> <p>Vale la pena interrogarnos, después de la lectura de este volumen, por la labor de archivo en general, sobre todo cuando entramos en materia de artes plásticas o visuales para un público que generalmente no está relacionado con estas. ¿Por qué? Porque este tipo de documentos diversifican la forma de difusión del arte en maneras distintas a las convencionales, nos acercan desde perspectivas nuevas a una forma de historia y de memoria en una región y en una práctica específicas. <i>Yo dije / yo digo</i> tiene una apariencia de museo en cada una de sus páginas. Es suficiente con echar un vistazo a la confección de los capítulos, en los que saltan a la vista anotaciones manuscritas fuera de las líneas tipográficas, cartas íntimas del autor o comentarios anexos con los que quedamos impregnados de esa ira, esa locuacidad y esa impotencia, queriendo actuar de la forma a la que instiga el autor, del que la misma Teresa Peña Santamaría dice: “Tenía mucho que decir, pero muchos no quisieron oír” (p. 14).</p> <p>De su problematización sobre el escenario del arte nos quedamos con lo que critica, con lo que ataca y deja en entredicho por ponerlo a hervir entre párrafos de evidente carga bélica, pero con la suficiente munición argumentativa para lograrlo. Cada una de sus palabras carga una “meticulosidad incorrecta para la época”, al decir de Darío Ruiz Gómez en la presentación. Su búsqueda personal como artista lo llevó a escarbar y a construir un sesgo generacional con el cual identificarse y entrar en empatía, y durante todo el libro vamos viendo el resultado de esta incansable pesquisa. Sumada a esto, la notoriedad underground que Félix Ángel le confiere a esta escena del arte colombiano que emergía en los años setenta hace que queramos, al igual que él, saber y reflexionar siempre más sobre cada uno de los nombres que aparecen y son señalados por su palabra. Todo él como escritor y como artista, todo párrafo de <i>Yo digo</i>, cada esquina de este libro, toda anotación y collage aquí puestos</p>	<p>son un “renacer de la imaginación estética” (p. 19), un llamado a la acción que no debería estar nunca separada de la reflexión. Por eso la lectura de una obra como esta nos recuerda la importancia de permanecer en el ejercicio de la duda y la crítica acerca de la producción artística de nuestro tiempo, una que con certeza algo dice también de cómo nos vemos inscritos en una tradición o cómo estaríamos dispuestos a romper con ella.</p> <p style="text-align: right;"><b>Lina Alonso</b></p>	